

Francisco

Sin miedo a pesar del dolor

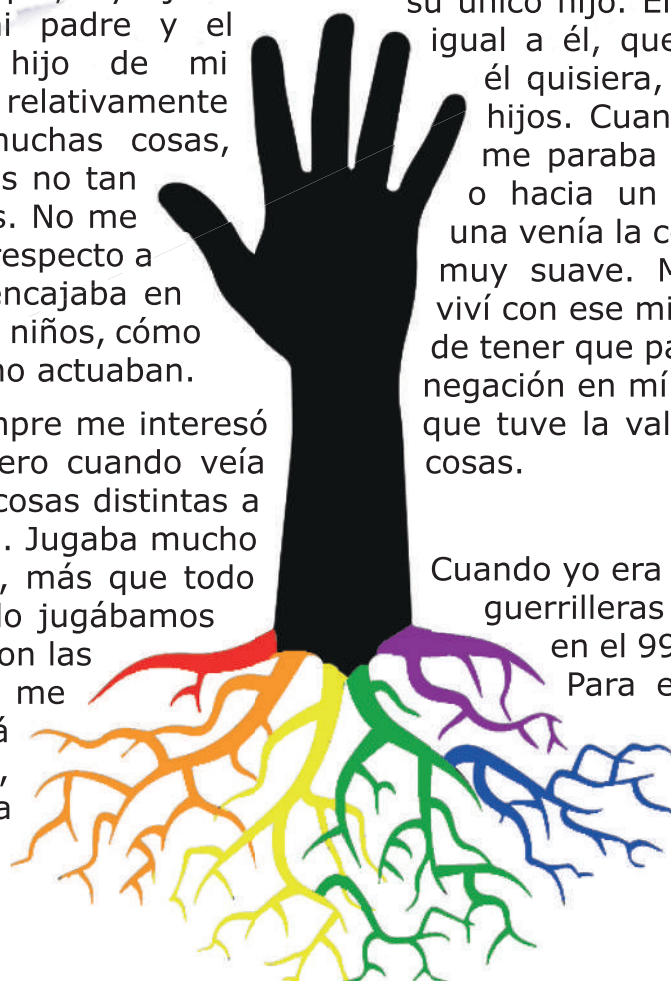
Soy nativo del Bajo Ariari, Meta. Nací hace 22 años, cuando aún las calles y todo el municipio eran muy abandonadas. Viví el conflicto con apenas desde muy pequeño.

Nací en la cabecera municipal, soy hijo único de mi padre y el tercer hijo de mi madre. Mi infancia fue relativamente bonita, pasé por muchas cosas, algunas buenas, otras no tan buenas y otras malas. No me sentía muy bien con respecto a los otros niños, no encajaba en lo que eran los demás niños, cómo se comportaban, cómo actuaban.

Desde pequeño siempre me interesó mucho el estudio; pero cuando veía a otros niños sentía cosas distintas a cuando veía una niña. Jugaba mucho con mis compañeros, más que todo con las niñas. Cuando jugábamos al papá y la mamá, con las casitas y cosas así, me ponían a mí de papá y otra niña de mamá, pero yo no me sentía bien, no sentía que debía estar

ahí, entonces, desde pequeño siempre tuve ciertos ademanes que me hacían ver distinto. Mi papá siempre fue una persona muy conservadora, muy católica, un hombre muy recto en sus cosas. Él siempre me veía a mí como el niño ejemplar, su único hijo. Él quería que yo fuera igual a él, que estudiara algo que él quisiera, que tuviera mujer e hijos. Cuando él miraba que yo me paraba de manera diferente o hacía un gesto diferente, de una venía la corrección, que no era muy suave. Me pegaba. Siempre viví con ese miedo de ser diferente, de tener que pasar por cosas así. La negación en mí fue constante, hasta que tuve la valentía de afrontar las cosas.

Cuando yo era niño hubo dos tomas guerrilleras en el municipio, una en el 99 y la otra en el 2001. Para esas fechas yo tenía dos y cuatro años. Fueron situaciones muy difíciles para mi familia, para mi mamá más que todo.



Tengo en mi memoria presente cuando mi abuelita —yo la quería muchísimo— iba a comprar escobas cerca a la estación de policía y de un momento a otro, me acuerdo, empezó la balacera. Mi papá decía “Escóndase debajo de la cama”, porque pasaban, literalmente, las balas. En ese tiempo no teníamos alcantarillado sino un pozo séptico, un artefacto explosivo lo destruyó. Me acuerdo de que llegaron a golpear a la casa, eran personas que traían documentos, hojas con unos nombres y buscaban a esa gente para llevársela. Gracias a Dios cuando llegaron a la casa salió mi papá, le preguntaron cómo se llamaba, él dijo su nombre y no estaba dentro de la lista, porque si hubiese estado, toda mi infancia, toda mi niñez se hubieran ido con él. Las personas que se llevaban las asesinaban, las desaparecían, las botaban al río o las reclutaban y pues tampoco llegaban a sus casas. Estamos hablando de las FARC. En la calle se veían personas muertas, heridas, desangrándose, en charcos, partes de cuerpos en el piso. La gente gritaba, en el parque había mucha gente. La guerrilla había ordenado a las mujeres que se escondieran en la iglesia, solamente mujeres y niños.

Los hombres se tenían que quedar en el parque; a ellos los hacían formar y con una lista con nombre y cédula los iban llamando y al que estuviera ahí de una vez lo asesinaban. Luego de esa situación tan fuerte, gracias a Dios, pudimos salir con mi mamá, encontrar a mi papá y nos fuimos para una finca, río abajo, donde una tía de mi mamá nos dio posada por unos días. Cuando volvimos encontramos la casa totalmente destruida, nuestra ropa, el

televisor, todo en precarias condiciones, el baño, los techos destruidos, y en las paredes los huecos de las balas. En el piso balas y cartuchos. También recuerdo que una tía se enamoró de un guerrillero de las FARC, yo la quería, el guerrillero la convenció de que se fuera con él y nunca más volvió. Cinco años después nos llegó la noticia de que por los lados del cementerio había unos guerrilleros muertos y que parecía que ahí estaba mi tía. Fuimos a buscarla, mi mamá no la reconoció, no era ella. Hasta hoy no sabemos qué ha pasado con ella. Esa fue la situación más difícil.

Después de la toma de 2001, constantemente se escuchaban balaceras, podíamos ver helicópteros, tiraban panfletos que decían que tuvieran cuidado, que iban a estar en una situación difícil, que iban a estar en guerra. Se veía el conflicto del otro lado, a este lado los militares, al otro la guerrilla. De lado a lado el tiroteo, el bombardeo. Recuerdo la explosión tan fuerte cuando tiraron un cilindro bomba a la estación de policía y la destruyeron por completo. Eso sucedió en los días de la toma. Mi papá no me dejó ir a estudiar; nos tocaba meternos debajo de los pupitres cuando escuchábamos la balacera y la profesora decía “¡Escóndanse, escóndanse, niños! Uno vivía con ese miedo de que, en algún momento hubiera balacera, que llegaran a la casa y sacaran a alguien de la familia. Gracias a Dios, con mi papá y mi mamá no tuvimos que pasar por esas cosas así, que se llevaran a alguien de la familia; pero sí nos afectó muchísimo.

Mi papá era albañil, trabajaba en construcción, un día le salió un trabajo en una vereda, se despidió de nosotros y yo me puse a chillar. Yo lloraba y decía que mi papá no iba a volver. A diario escuchábamos la balacera, los aviones, los helicópteros, tucu-tucu-tucu, por encima de las casas. Yo decía que mi papá no iba a volver, tenía mucho miedo de que él no volviera; se demoró casi dos meses en regresar a la casa y yo con esa angustia tan terrible. Esos dos meses fueron dos meses muy difíciles para nosotros, mi papá era la persona del sustento en la casa. Tengo una tía y el esposo es carnicero, recuerdo que a mí me tocaba ir a la plaza a las dos o tres de la mañana, mi mamá me mandaba, para traer la manteca de las vacas, el hueso, para que le ayudara al esposo de mi tía a llevar cosas a la casa. Fue una situación difícil, fuerte, en 2007, en 2008, en ese tiempo los domingos de mercado salía muchísima gente. Los niños salíamos a ayudar a descargar las canoas para que nos dieran algo, un platanito, unas moneditas para llevar algo a la casa. Un niño, le decían puntillón, descargó una maleta de la canoa y la llevaba a la plaza, pero antes de llegar la maleta estalló y lo volvió nada. Eso fue muy fuerte; el cuerpo del niño cayó en varios lugares. La gente empezó a gritar, a correr. No volví a la plaza o a frecuentar esos sitios.

Desde muy pequeño supe que era un hombre homosexual. Tengo una persona a quien le digo prima, es una chica trans, una de las primeras en el municipio. Es muy apegada a mí, yo tenía seis o siete años y ella llegaba a la casa, siendo chico, y nos íbamos en cicla, poníamos música en la casa de ella y nos

poníamos a bailar. Yo siempre supe que era homosexual. Recuerdo que cuando estaba en primero de primaria yo iba al baño a orinar y en esos instantes había un niño que a mí me gustaba, no lo volví a ver, pero siempre me gustaba. Yo empecé a desarrollar mi sexualidad y a tener ciertos comportamientos que a mi familia no le agradaban. Mi papá me decía "¿Qué pasa con usted? Miré a ver si se comporta como un hombre, hable bien, hable fuerte que usted es un hombre, no se junte con tal persona, no haga esto." Me prohibieron la amistad con mi prima. A partir de ahí me empecé a reprimir muchísimo. En la escuela, me hacían mucho bullying. "¡Ay, la niña!, ¡Ay, mariquita!" Siempre fui muy aplicado, muy destacado, me gustaba hacer las cosas bien, decoraba los cuadernos, hacía flores, corazoncitos, mi letra era muy diferente, y recuerdo que mi papá me decía "¿Qué es esto, qué son estas maricadas? ¿Qué son estas vainas, qué le está pasando? ¡Mire a ver!" Una vez un profesor me dijo que le ayudara a hacer un libro, me lo llevé a la casa, lo empecé a decorar, a pintar y mi papá se dio cuenta de que tenía ese libro y lo dañó, porque lo tenía lleno de flores, de cosas bonitas que a mí me gustaban muchísimo. Lo dañó y yo no sabía ni cómo decirle eso al profesor. Le dije que se me había caído en un charco... Yo llegaba a la casa y me paraba así, y mi papá me pegaba: "¡Mire a ver! Qué le está pasando eso no es parado de hombres". En ciertos momentos, escuché hablar a mi papá con mi mamá, le decía que él sentía que yo era raro. Mi mamá le decía que no, yo siempre fui muy consentido de mi mamá, me defendió mucho. Mi papá siempre fue muy fuerte, me iba

a pegar y yo me escondía detrás de mi mamá, él me rapaba de las manos de mi mamá, nunca le alzó la mano a ella, pero conmigo sí era muy fuerte. Cuando me pegaba, a veces duraba dos o tres días sin ir a la escuela.

A los 11, 12 años, ya en sexto grado, empecé a ver la vida de manera distinta. Había un chico que me gustaba mucho, pero él tenía su novia, yo no me atrevía a decirle nada tampoco. Me gustaba hacerme con él, me gustaba ir a su casa a hacer trabajos. Pero siempre mi papá me decía: "¿Para cuándo la novia, cuándo me va a traer una niña bien bonita?" Y yo: "No, papi, en el colegio es que hablo con ella", y él: "Dígale que venga a la casa y si necesita plata para que salgan... y yo: "Bueno, papi, yo le digo a la muchacha". A veces hacía cartas dirigidas al niño y no se las entregaba. Una vez mi papá se dio cuenta, menos mal yo no escribía en hombre, siempre estaba sintonizado en que mi papá no se diera cuenta, yo con ganas de entregar la carta al niño, pero con ese miedo de que se diera cuenta mi familia o el rechazo del chico, porque sabía que tenía su novia. Nunca me atreví a contárselo a mi mamá, a mi papá.

Más o menos a mitad de año, cuando estaba en sexto, mi papá enfermó y fueron unos años muy difíciles para mi familia. Me gané un concurso de lectura, me gané 500 mil pesos y la posibilidad de venir a participar al departamento, en el teatro La Vorágine, mi papá y mi mamá muy contentos por eso, necesitábamos unas medicinas para mi papá entonces yo le dije que tomara ese dinero. Él me acompañó a Villavicencio, él se sentía

muy orgulloso de mí y yo tenía ese miedo de decirle que a mí me gustaban los chicos.

Una niña me llevaba cartas, unas cartas muy bonitas a la casa. Ella se llamaba Rosa, y mi papá: "Vaya a la casa, hable con la mamá de ella". Tanto que en algún momento fui a la casa de ella y empezamos a hablar; ella se acercó a darme un beso y yo no le correspondí. Me fui para la casa. Desde ahí, definitivamente, con las mujeres no, no puedo, no me siento bien. Sin embargo, no me atrevía a contárselo a ninguna persona. En el colegio el bullying y el rechazo, pero siempre fui fuerte. De pronto por la forma en que mi papá me crio tenía que defenderme, no dejarme de nadie, a mí me decían esas cosas y no me importaban mucho. En algún momento lloré muchísimo, en mi casa, me encerraba en mi pieza y lloraba por todo eso, con esas ganas de salir, de liberarme, de sentirme bien, pero no me atrevía. Hasta que conocí a unos chicos, me hice unos amigos que también tenían cierta afinidad conmigo en la parte sexual, empezábamos a hablar y yo creía que ellos eran homosexuales. Me decía que no era el único. Pasaron los años, siempre muy aplicado, primer puesto en el colegio, mención de honor. Mi papá se sentía orgulloso de mí, yo decía que no podía decepcionarlo. Un día dije, voy a tener una novia, a ver qué pasa con las chicas.

Empecé a hablar con una chica que me miraba en el colegio, empezamos a compartir y le dije a ella que yo no sabía si me gustaba o no, que me parecía muy bonita y buena persona, pero no estaba seguro de que sentía amor, si yo la quería, o más que todo como amiga. Ella

me dijo que era una persona especial, una persona diferente. Insinuó que ella se daba cuenta de que me gustaban los chicos. Lo tomamos como amigos; le pedí que pasara como mi novia, la llevaba a la casa, compartíamos, hacíamos trabajos, la pasábamos súper bien. A ella también le gustaban las mujeres, ahora es una chica bisexual. Fue una amistad supremamente chévere, siempre encontraba refugio en ella. Cuando estaba mi papá, nos dábamos un piquito y nos reíamos, para que mi papá pensara que me gustaban las mujeres, entonces se sentía orgulloso. Para mí era bonito ver a mi papá así, con mi mamá. Los amigos de mi papá le decían que yo era raro, que qué pasaba con su hijo. Seguí andando con mi amiga. Me hice amigo de un vecino que también era homosexual, nos hicimos muy buenos amigos, compinches, mi papá se dio cuenta de la amistad de nosotros, y el niño siempre fue más abierto que yo. Mi papá me decía "¿Usted por qué anda con ese maricón? ¡Que no lo vaya a ver con ese chino!" Me prohibió la amistad y un día me quedé hablando hasta tarde con él; cuando llegué a la casa mi papá me pegó muy fuerte, él siempre me pegaba desnudo en el patio. Yo siempre duraba días sin ir al colegio para que no fueran a pensar cosas. Pero yo siempre buscaba la manera de encontrar a mi amigo, él estudiaba en el colegio, estaba un año adelante. Fuera del colegio, desconocidos.

Me la pasaba de la casa al colegio, del colegio a la casa. Hasta que tuve una discusión muy fuerte con mi mamá y le dije que me gustaban los hombres. "La verdad, mami, es que a mí me gustan los hombres". Mi mamá se puso a

llorar, súper histérica. Yo tenía 15 años. Mi papá trabajaba como celador en el hospital y lo llamó, le dijo que no podía más conmigo, que estaba harta de mí y que mirara qué hacía conmigo. Mi papá se vino, yo me escondí en el patio, me pegó. Se cogía la cabeza, decía que qué había hecho para tener un hijo, así como yo, qué pecado había cometido para tener un hijo como yo. Le daba golpes a la pared, se cogía la cabeza, estaba supremamente afectado por lo que había dicho. Llamaron a la policía, me pregunto por qué lo hicieron, Un patrullero habló conmigo, yo estaba escondido, me iluminó con la linterna y me dijo, que qué estaba pasando conmigo. Yo no me atrevía a decirle a él, yo lo único que hacía era llorar, llorar y llorar; y le preguntaron a mi papá, y él no les dijo que yo era homosexual sino que estábamos teniendo problemas en la casa, que no podían más conmigo, que no me querían más con ellos. Incluso mi mamá llegó al punto de que me maldijo. Se arrodilló y dijo que no quería tener un hijo como yo, que me iba a ir muy mal en la vida.

Pienso que lo que hacen las mamás afecta mucho a los hijos. Hoy me afecta muchísimo eso, porque ha sido muy difícil para mí superarme, encontrar un trabajo, sin embargo yo trato de seguir adelante. Mi mamá todos los días se arrepiente, le pide todos los días a Dios por mí... pero ha sido muy difícil. El 15 de noviembre de 2013, yo estaba en 10º, tuvimos un paseo a Guamal y la pasé muy bien, cuando llegué esa noche a mi casa encontré a mi papá muy enfermo, cinco años de enfermedad, fumó mucho, tomó mucho y recibió mucho polvo de la construcción. Vivíamos una situación difícil, desesperada, para tener con qué

comer y comprar los medicamentos. Esa noche mi papá tosía sangre. Al otro día amaneció un poco mejor, me despertó y me dijo "Hijo, me vas a acompañar a trabajar". Yo me sentía cansado pero una fuerza me dijo que tenía que ir; me alisté y fui a trabajar con él, sin pensar que era última vez en que lo iba a ver con vida. Trabajamos, compartimos. Yo le ayudaba a mezclar el cemento y la arena para que no lo afectara el polvo, terminamos como a las cuatro de la tarde y nos fuimos para la casa. Eso fue un sábado, 16 de noviembre. Mi papá viajaba el martes a hacerse un chequeo médico, le diagnosticaron tuberculosis, una enfermedad muy difícil, una enfermedad contagiosa. Esa noche estaban mi tía y mi mamá hablando afuera, adentro escuché que mi papá tosía muy fuerte, tosía y escupía como vomitando, corrí a la pieza... Luego de la enfermedad mi papá se alejó del trago, dejó de fumar, se refugió en lo religioso, se volvió muy culto en eso, se leía su versículo de la Biblia antes de dormir... Cuando llegué a la pieza tenía la Biblia abierta al lado de la cama, estaba sentado en la cama y la taza estaba repleta de sangre. Yo me asusté muchísimo. Mi mamá me dijo: "Dígale a su tío que su papá está muy mal, busquen una moto para llevarlo al hospital". Mi papá no podía respirar. Se lo llevaron para el hospital, no nos dejaron entrar. Todos lloraban en la casa. Yo le pedía a Dios que no se fuera a llevar a mi papá. A las 9:15 salieron a decirme que mi papá había fallecido. Me acuerdo ver a mi mamá llorar, gritar, salir corriendo hacia la calle. Se cayó en la calle, lloraba, gritaba en la calle. Mi tío golpeaba la puerta del hospital, quería entrar. Llamaron a mi mamá, el celador le decía "Señora, cálmese, cálmese que necesitamos que entre".

Entró, cuando escuchamos el grito de mi mamá supimos que había muerto. Yo salí corriendo, me arrodillé en la carretera, me raspé mucho la rodilla, le pedía a mi Dios que eso no fuera real, que no fuera así. Ha sido lo más difícil que he pasado en mi vida.

A partir de eso empezó un proceso con mi familia, con mi mamá más que todo, nos volvimos muy unidos. Salí del closet varias veces, porque después de la muerte de mi papá me reservé un tiempo, pero una vez salí al centro con mis amigas y me encontré un muchacho, me dijo que me acompañaba a la casa. Yo mantenía muy deprimido. Cuando falleció mi papá no era tiempo escolar, eso habría afectado mucho mis estudios. Me quedé hablando con mi amigo frente a la casa hasta las dos de la mañana y mi mamá estaba poniendo cuidado, salió porque vio que tenía la mano en la pierna, dijo que me entrara, yo me asusté y le dije a ella que se entrara. Lo curioso es que el chico ahora tiene mujer, tiene un hijo, me parecía muy lindo, apuesto. Seguimos hablando, nos besamos, mi mamá seguía viendo por la ventana. Mi mamá salió histérica, que me entrara ya, que él se fuera. Yo me entré y él se quedó afuera. Yo dormía en la misma pieza con mi mamá y el muchacho estaba afuera. Mi mamá se acostó y le dije que se fuera. Él me dijo que siguiéramos hablando, que yo le gustaba. Me dijo que al lado de la casa había una construcción, yo sabía que eso iba para otro lado, le dije que no porque quería tener algo serio con él: "No creo que sea el momento todavía, apenas nos estamos conociendo, si se dan las cosas pues seguimos hablando, pero en estos momentos no". Mi mamá se dio cuenta. Él se fue y mi mamá entró

a la pieza con toda la fuerza del mundo y me gritó: “¿Es qué usted es marica o que hijueputa?” Yo no sé de dónde saqué la valentía o porque mi papá que me había reprimido tanto ya no estaba y le dije “Sí, mamá, la verdad es que soy homosexual, a mí me gustan los hombres”. Fue para ella muy duro. Cayó sentada en su cama. Por los nervios me puse a llorar, se me salían las lágrimas, pero a la vez, cuando uno se libera, me empecé a reír, me reía, me puse la cobija encima hasta que me quedé dormido.

Encontré una carta en la cama, de mi hermana, porque mi mamá es analfabeta y mi hermana le escribió la carta. Mamá me decía que aún no estaba preparada para aceptarme tal y como yo era, que le diera un tiempo. Fue para mí difícil, pero también reconfortante; ella había tomado la decisión de empezar a aceptarme tal y como yo era. Como soy muy parecido a mi papá, de pronto me veía como lo que le había quedado de mi papá, y decía que no me iba a perder: “Usted es lo que más quiero, si le pasa algo a usted, yo me muero”. Ahorita tenemos una relación muy bonita. Empezamos un proceso, yo le iba diciendo cómo eran las cosas, qué significaba ser gay. No me gustaba mucho que mi mamá les contara a mis tías, hablaban mucho de mí, le decían que eso estaba mal. Mi mamá como que sí me aceptaba, a veces no. Una tía fue a la casa y le dijo: “Yo prefiero tener un hijo como el suyo, que es aplicado y juicioso, antes que tener un hijo drogadicto, haciendo daño”. Eso fue determinante, ella dijo que eso era verdad. Mi tía le dijo que eso no estaba mal, que íbamos a pasar un proceso, que yo también iba a sufrir

mucho con las personas, el rechazo, la estigmatización, la discriminación, pero que para mí lo más importante era contar con el apoyo de ella. Mi mamá empezó a aceptarme, a quererme tal y como soy. En un momento me dijo: “Yo lo acepto como es, pero no se vaya a meter con hombres comprometidos; usted sabe que ni a usted ni a su hermana les acepto eso”. Me reí con mi mamá. Ella me decía que le contaré las cosas. Siempre había personas que le decían cosas sobre mí, incluso le llegaban con cuentos. Mi mamá las creía y yo me sentía muy mal. Hasta el día de hoy siempre le digo donde estoy y le pido permiso. Sigo viviendo con ella.

A partir de ahí las cosas cambian. Viene mi proceso de graduación en el colegio. Empiezo a conocer otros ambientes, otras personas, me empiezo a relacionar con otros chicos gais, y me dijeron que por qué no participaba en la marcha del orgullo gay en Villavicencio en 2017. Nunca había escuchado de liderazgos LGBTI, nunca me había interesado. Empecé a indagar y a cuestionarme muchas cosas de la población LGBTI, de los derechos, y a contactarme con personas que conocen sobre el tema. Me interesó muchísimo, vine y participé en la marcha. Fuimos los primeros chicos LGBTI visibles del municipio, mandamos a hacer unos buzos con el nombre del municipio, eso fue un boom, fue chévere. Tomé la vocería en los procesos con la población, empecé a investigar y a capacitarme para aportar a mi municipio. Veía que había otros chicos como yo, con mis gustos, chicas lesbianas, y empiezo a trabajar. Creamos un grupo para apoyarnos. A finales del 2017 me invitaron a una

reunión en Villavicencio, conocí a Raiza y a los otros líderes. Antes de ir empecé a averiguar para llegar con algo de conocimiento, en Villavicencio hablé por primera vez acerca de lo que habíamos hecho en mi municipio. Todos quedaron sorprendidos.

Raiza empezó a decirme que tenía mucho potencial para liderar los procesos. A principios de 2018 me dicen que hay un presupuesto, que fuera a la alcaldía y preguntara acerca de eso: qué han hecho en la Secretaría social, en equidad de género, qué trabajos han hecho. Fui a la alcaldía, la secretaria social no era del municipio y no sabía que había población LGBTI, que le diera un tiempo. En febrero ya tenía conocimiento y a partir de ahí seguí participando en espacios en Villavicencio, con las entidades, USAID, el programa de gobernabilidad regional; recuerdo a una psicóloga que me ayudó muchísimo en el proceso de aceptación, empoderamiento, liderazgo juvenil. Me ayudó a hacer el plan de acción con la Secretaría social, con los muchachos. Con lo que había en el plan de desarrollo construimos el plan de acción, creamos metas donde incluimos la participación en la marcha del orgullo LGBTI; campañas de sensibilización para funcionarios públicos y la comunidad en general; actividades culturales de impacto con la comunidad; salíamos con carteles que decían "Soy gay, si me aceptas dame un abrazo". Necesitábamos el apoyo de la Policía y de las entidades, por si se generaba algún problema, de pronto algunas personas que no nos aceptan. Pero sí hubo aceptación. En ese año yo llegaba al hospital o a otra entidad y las personas se burlaban, ¿Y esta loca qué? Hablé con la doctora de

USAID, era necesaria una campaña de sensibilización para la población y funcionarios, y empezamos con todo eso. Incluso en el colegio. Un proceso en el municipio, muy bonito, y que causó gran impacto. Después íbamos y nos trataban de manera diferente, bienvenidos, sigan, qué necesitan; muchos no nos aceptaban, pero les tocaba. Yo me sentía muy orgulloso y feliz de todo lo que había logrado en poco tiempo.

Se vino la marcha del orgullo gay en Villavicencio, yo quise llevar más personas. Vinimos con 10 chicos y participamos. Le dije a la doctora, necesitamos que nos identifiquemos y entonces unos busitos, vinimos, participamos, estuvimos en la plataforma juvenil. La Secretaría social siempre nos ha apoyado. Siempre les insisto a los muchachos del grupo que en algún espacio cultural o espacio que haya que participemos, que nos visibilicemos, pero que lo hagamos de una forma adecuada, que no vaya a generar rechazo. Participamos en los espacios, en las actividades culturales. El año pasado queríamos hacer un baile para el día de la madre y nos dijeron que no, que para ese evento no iban a hacer actividades culturales. Pero sí hicieron actividades culturales. Dicen que no y luego lo hacen, pues nos están negando el espacio. Hablé con Raiza y me dijo hay que hacer esto, esto y esto; lo hice. Me empezaron a involucrar en muchos espacios, comités, talleres, todas esas reuniones y consejos de política social, en un espacio de esos hablé y dije que nos habían negado el espacio, delante de todas las entidades públicas, y la Alcaldía se disculpó públicamente.

A partir de ahí, empezaron a tener un trato diferente con nosotros, a trabajar más unidos, a la secretaria social yo le decía: "Doctora, si usted necesita acompañamiento o si de pronto necesita algo que yo sepa hacer o pueda hacer, me avisa, si necesitan logística estamos nosotros". Siempre he pensado que aparte de exigir, nosotros como personas también tenemos que dar. No solo ir a pedir, también podemos aportar a la comunidad. Eso les he dicho siempre a los chicos.

Después de la marcha viene el foro, el 31 de julio del año pasado: "Foro para la construcción de una política pública". Ahí conocí a la persona que me acompaña, mi compañero sentimental, empezamos a hablar, somos de municipios diferentes, siempre está la distancia pero seguíamos hablando; yo tuve que viajar acá, a Villavicencio, y él lideraba procesos en su municipio, entonces formalizamos nuestra relación aquí y él se fue para mi casa. Le dije a mi mamá, "Voy a llevar un muchacho, nos estamos conociendo", y ella "¿Cómo así que me va a meter manes a la casa? Bueno, voy a estar pendiente". Le cayó muy bien, se hizo querer, le ayuda. Mi mamá le cogió mucho cariño. Ahí se fortaleció más nuestra relación, porque mi mamá ha sido siempre una parte muy importante en mi vida. Siempre voy a poner a mi mamá por encima de cualquier persona. Siempre se lo he dicho a él.

El año pasado fue importante para la población que fuimos por primera vez al Concejo municipal, nos presentamos como grupo, habíamos construido

con la Secretaría un decreto para la formalización de la mesa. El Concejo aceptó, que iban a estar prestos para apoyar. Cuando el alcalde no quiere, el Concejo nos colabora. Seguimos con mi pareja. Ya en 2019, más fortalecidos como mesa, como grupo, logramos que nos aumentaran el presupuesto, dos millones más, es un avance. Siempre les inculco a los muchachos que asuman el liderazgo, todos tenemos voz, todos podemos participar, no solo es uno. Nos reunimos en mi casa, tenemos un grupo por WhatsApp. Este año hicimos un plan de acción, incluimos participación en espacios deportivos, que nos tuvieran en cuenta. Una de mis metas era realizar un encuentro de la diversidad LGBTI en el municipio, involucrar a todos los actores e instituciones en nuestros procesos; y lo logramos. La participación en la marcha, la logramos. Por primera vez nos incluyeron en un torneo deportivo. Me siento muy orgulloso de eso porque las personas iban por primera vez, se llenaba el polideportivo de gente, fueran a reírse, a criticar, a juzgar, pero iban y se divertían con nosotros. Fue muy chévere, a partir de ahí nos han seguido involucrando en otros espacios. En la parte cultural, cuando saben del baile o la Mesa LGBTI, a veces nos dejan de últimas para que la gente espere. Y se esperan a que bailen "las maricas", porque así nos tratan. Yo les digo a los muchachos que no se ofendan por eso, "No es nada malo en nosotros, quien está mal es esa persona". Así lo venimos haciendo. Muchas veces me he sentido agobiado, triste, que no puedo más; porque a veces no veo el interés en los chicos. Cómo voy a proponer que nos tengan en cuenta, si cuando salen las cosas no llegan los muchachos.

En estos años que he tenido el liderazgo, han llegado muchachos de otros sitios, de otros lugares o municipios y no tienen dónde quedarse o no tienen a quién acudir. Chicas les, chicos gais, chicas trans o heterosexuales, yo les ofrezco mi casa, llegan a mi casa, se han quedado hasta seis meses viviendo en mi casa. Para mí es muy gratificante lo que hago y lo que apporto.

Mi sueño es formar una fundación que ayude a todas esas personas que han sido vulneradas, rechazadas; tantos chicos LGBTI que llegan a otros lugares, a quienes sus familias los han sacado de la casa. Que encuentren un espacio, un lugar, donde dormir, comer, que se les brinde la atención que necesitan. Hay chicos en condiciones precarias, que consumen sustancias, chicos que no tienen documentación, sin SISBEN. Yo empiezo el proceso con Personería, Defensoría, Registraduría para buscar todo eso. Los chicos me tienen un gran aprecio por la labor social que hago en mi pueblo; no espero nada, pero sí he tenido situaciones en las cuales no me agradecen de buena forma, me han robado, han sacado cosas de mi casa. Mi mamá me dice "Ya no más, usted parece Teresa de Calcuta y mire lo que pasa". A un chico venezolano, discriminado, le quemaron todo... no tenía herramientas, tampoco donde quedarse, lo acogí en mi casa casi cinco meses. Han venido varios chicos, unos me escriben, otros no; eso es lo que quiero seguir haciendo, impulsar, y es el legado que quiero dejar. Les digo a los muchachos que hagan, porque en mi municipio a veces no encuentro las herramientas para realizar todo lo que quiero, para realizarme profesional y académicamente, porque tengo mis

sueños y mis metas. El municipio no me da las oportunidades que quiero y necesito; tengo que salir y buscar otros medios y siempre pienso en mi grupo. Les digo que sigan con el grupo, que no lo dejen caer, sigan incidiendo, sigan visibilizándose. Cuando vengo a estos espacios hago una reunión con ellos y hablamos de esto, ellos se van empapando. Cada uno tiene su agenda. Si sé de alguna ley, la imprimo y se las doy. Los muchachos van adquiriendo más conocimiento.

Hemos pasado situaciones difíciles, estamos cerca de Concordia y al departamento del Guaviare, y se empiezan a escuchar rumores de limpiezas sociales. "Están diciendo que van a matar las maricas en el municipio". Están diciendo... hay paramilitares que quieren o están en limpieza social, ya han matado a tales en Concordia, en San José del Guaviare y vienen para acá. Hay que tener cuidado, no salgan a tales horas, pórtense de tal manera, no se muestren tanto. Llegó un grupo, las Águilas Negras y dicen muerte a todos lo degenerados, homosexuales, gais, lesbianas, maricas, entonces hay que tener cuidado. Nos dicen eso, anden en grupo, si van a estar en la laguna, anden en grupo, vayan con sus familias. ¡Nos cuidamos, y seguimos adelante!